

ENTREVISTA | El regreso del escritor chileno:

ÓSCAR BUSTAMANTE, del Maule a Inglaterra

Con la novela "El jugador de rugby" —que se presenta este jueves en el Observatorio de Lastarria—, el escritor vuelve a las canchas literarias después de seis años sin publicar. Su nuevo libro, ambientado en un internado inglés, revela una compleja visión de la cultura británica.

POR PABLO GUERRERO

Fue una de las novelas inéditas más leídas del último tiempo. El original estuvo en varias editoriales antes de ser publicada por Alfaguara. Su autor, el conocido arquitecto y narrador Óscar Bustamante, miembro de una antigua familia de agricultores maulinos, admite: "El jugador de rugby es la novela con la cual he tenido más suerte, porque alude a una atmósfera verdadera, a un mundo que yo había vivido, pero es una ficción al mismo tiempo. La atmósfera era de verdad, pero no los personajes de ese mundo y me costó encontrar el encaje".

Como Antonio, el protagonista de la novela que llega desde la zona central de Chile, Bustamante estuvo interno en una *public school* inglesa. Cuando tenía doce años, su padre fue nombrado ministro asistente de la Embajada de Chile en Londres durante el segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo. En el internado se matricularon en un internado católico. No eran tan exclusivos como él, pero en él se podía reconocer ese ambiente de exigencia, rigidez y competitividad que han contribuido a definir tantos libros y películas.

—¿Fue una experiencia difícil?

—Hubo de todo, como en la vida. El tema de estar un poquito excluido cuando eres niño es difícil. Especialmente cuando llegas a un mundo tan sofisticado, más exigente, más distinto al que conocías, y estás lejos de tu familia. Pero se dio en circunstancias buenas. Recién había terminado la guerra: en medio de Londres había manzanas que habían sido destruidas y estaban convertidas en sitios eriazos. Era un mundo muy raro.

—¿Le costó escribir sobre ciertas experiencias personales que aparecen en "El jugador de rugby"?
—Sí, también. Hoy la tendencia es ser muy explícito con respecto a la vida de uno mismo. Eso me genera cierta confusión familiar porque yo sé que incitó a cuestionar si era verdad que yo había estado interno en colegios ingleses, por qué iba a ser "mentira" que yo que contaba en la novela. Pero yo soy de menos. Más hereditario, en el fondo, entienden el mundo, son cineastas, saben en qué momento es una ficción. Era un mundo literario lo que más me impresionó: en mi primera novela,

Asesinato en la cancha de afuera, mi preocupación era cómo hablaban los personajes. En esta novela mi preocupación era cómo darle un hilo conductor.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Si bien al comienzo la novela ya tenía todos los elementos argumentales, después de revisarla muchas veces encontré que le faltaba una voz fluida y coherente con la de un joven. En eso trabajé intensamente, fue algo muy difícil, pero creo que al final pude darle cierta frescura. Si no lograba eso, la novela no se publicaba, por eso me demoré tanto. Se la pasé a personas a las que les tengo mucho respeto y me dijeron que lo había conseguido.

—En tu libro se muestra la agresividad propia de los ambientes cerrados y el rechazo al recién llegado que además es extranjero. ¿Es más dura esta experiencia en una *public school* inglesa?

"El rugby es una posibilidad de situarte en el mundo y está asociado a una lealtad sin trampas. Más que un deporte, es una verdadera formación".

—¿Qué papel juega el rugby al interior de esta clase de establecimientos?

—El rugby es una posibilidad de situarte en el mundo. Sobre todo para ese cabro que era un analfabeto cultural, nulo para el latín y el griego. Lo único que hacía bien era jugar rugby. Los ingleses inventaron ese deporte y el fútbol, y siempre le han dado mucha importancia a liberar el cuerpo, tal vez porque es un pueblo muy contenido, en una isla chica, con una sociedad altamente estratificada. Por medio de los modales y la civilización han logrado convivir y no matarse. La música y el deporte los han ayudado enormemente. Mira no más los estadios llenos. El fútbol es una válvula de escape, como el rugby. Si en los colegios ingleses no hubiese deportes, ¡Dios mío!

—¿Hasta qué edad jugaste rugby?
—Hasta los treinta.

—¿Muchas lesiones?
—Pocas. Una quebrada de tobillo, otro golpe en la cabeza. Tres o cuatro días en la enfermería. El rugby está asociado con cierta lealtad sin trampas. No se concibe lo que se hace en el fútbol: el piscinazo, adelantar la barrera... Hay otras cosas en juego. Ahora está más profesionalizado, pero hasta ese tiempo era una verdadera formación. "Fútbol es solamente un juego. Rugby, más que un deporte. Mujeres, sólo ilusiones y problemas", dice alguien en la novela.

—A pesar del esfuerzo que pone el protagonista por integrarse a este mundo a través del rugby, ¿por qué no lo consigue?
—Mucho terremoto. Creo que los chilenos tenemos encima un fuerte grado de escepticismo debido a la geografía. Aquí hay que empezar de nuevo después de cada calamidad, pero tampoco nos preocupamos de tener demasiado. Antonio es producto de ese Chile retratado en todas las crónicas, desde la María Graham: la visión de un país muy tierno y de ambiciones mínimas. Yo creo que la mezcla de razas y culturas crea un tipo de ser humano tierno, buena onda, conformista. El cambio radical que hay ahora en Chile es consecuencia de la riqueza de los últimos 30 años, que le ha dado la posibilidad al chileno de insertarse en una situación de mayor optimismo, con más medios.

—Entre T. E. Lawrence y Joseph Conrad
—En la novela abordas con bastante naturalidad el tema de las conductas homosexuales.
—Lógico. Si eres homosexual, indudablemente en un internado se te va a cimentar. Si no lo eres, es simplemente un ejercicio de curiosidad. Piensa que son chicos de

12 a 16 años que no ven mujeres. La única es Miss Abbie, una enfermera horrible. Es un ambiente muy propenso a ese tipo de situaciones.

—Pero también está el acoso del Father Leven al protagonista.

—Sí, claro, es muy importante en la novela que haya un sacerdote con tendencias homosexuales. Antes seguramente las había controlado, pero con Antonio le pasan otro tipo de cosas. Me parece muy interesante, porque Father Leven es un personaje notable también, complejo, como todos los seres humanos: ex piloto de la RAF durante la Segunda Guerra, fanático del rugby, un hombre hecho y derecho que tiene esta inclinación. Debe ser una tragedia vivir entre alumnos y tener esa tendencia, pero él la sublima vía el deporte. Father Leven no podía quedar simplemente como un homosexual. Es un hombre íntegro. Entonces Antonio se siente agredido, pero intuye, a la vez, que es un ser humano con grandeza.

—La imagen de la madre de Antonio es bastante negativa: además de engañar a su marido con un pariente, es superficial, despreocupada, egoísta.
—Todo lo contrario de lo que



fuera perfecto nadie escribiría nada, no se harían películas. Es de alguna manera lo que trato de decir.

—Por el contrario, la figura del Tío Armando, más influyente que la del propio padre, es un modelo para Antonio.

—Es que en Chile siempre ha existido personas así: esos "inútiles de la familia" que han sido Joaquín Edwards Bello, Huidobro, Emar, Maquieira, el mismo Pohlhammer. Gallos que sienten la belleza del arte, la necesidad de rebelarse contra un medio que es muy chato. Era la gracia del Grange cuando volví de Inglaterra. Teníamos un rector que te entusiasmaba con los *debating teams*: esas confrontaciones verbales sobre temas intelectuales potentes, como la decadencia del Imperio Romano, que sale en la novela. Yo me acuerdo que Mr. Jackson incluso convidaba a algunos internos a su casa, que quedaba al lado del colegio, a tomar gin tonic. Era un gringo choro, te dejaba la libertad para hacer lo que quisieras, incluso ser jugador de rugby. Lo asociaba con cierta poética.

—Reed, uno de los amigos de Antonio, ¿representa algo así como la conciencia inconformista de la sociedad inglesa?

—El crítico, el Oscar Wilde del sistema, el Bertrand Russell. Yo encuentro muy simpático a Reed, que es un cínico insoportable, capaz de enfrentarse a los profesores y cuestionarlo todo, hasta lo más sagrado. Eso en Inglaterra pasaba, y la gracia era que los curas lo aguantaban en los debates, porque esto permitía soltarse y que aparecieran personajes tan extraños como Reed, que al final llegan a ser rectores de colegios y universidades, o se convierten en aventureros como T.E. Lawrence.

—En la novela mencionas mucho también a Joseph Conrad.

—Quise hacer una galería de personajes escritos por Antonio, vistos por él, pero que lo traspasan. Ahí cobra mucha importancia Conrad, que ocupa una posición especial en la cultura y en la sociedad inglesa. Es un polaco radicado en Inglaterra que escribe en inglés, y esa distancia propia del extranjero le permite hacer una radiografía espectacular de todo ese mundo. Yo buscaba eso: mantener una voz de niño que hablara sin inmiscuirse, sin hacer juicios sobre los personajes con los que le toca convivir. Virski, el amigo polaco de Antonio en el internado, con su admiración por Conrad y su experiencia de sentirse un extraño, ayuda a crear esa distancia.

—¿Cómo ves hoy a Inglaterra?

—Yo creo que sigue siendo potente. Es un país que ha esparcido una mirada y una forma de ser, y esto lo hace muy orgulloso. La cultura y la guerra son para él dos mundos paralelos. Fue un imperio, finalmente, que trasladó sus ideas y su idioma a todas partes del globo. Un pueblo astuto, con una autoimagen muy fuerte. Y por otro lado, mira el humor, la importancia de Peter Sellers o Benny Hill. Un pueblo que se ríe de sí mismo es muy saludable.